

VIAJES POR TU CUENTA

Por Alberto Fuguet

Creo que no cumpliré mi rito.

Creo que ya no lo cumplí.

Definitivamente.

Perdoname Señor pues he pecado. O, al menos, no hice lo que pensé hacer: ordenar mi biblioteca. Que es como ordenar mi departamento, porque mi biblioteca no es inmensa pero sí traspasa habitaciones. La parte principal está en el living y el living está fusionado con la cocina. Es lo mismo, una sola cosa. Libros y ollas, y sales y aceites, más libros y sofás.

Este es mi rito: el rito que no he cumplido. Está asociado con editar (sacar/terminar) un libro nuevo. ¿Editar? ¿Esa es la palabra? No, terminar. Finalizar. Acabar. ¿Tener? Tener, sí. *Tener* libro nuevo. Eso. El rito es este: cada vez que *tengo* un libro nuevo (es decir, cada vez que me llega un libro mío, a mi casa, desde la editorial) ordeno mi biblioteca (es decir, mi casa) para que vuelva a ese cierto equilibrio decencia que tuvo antes que me enfrentara a escribir “el libro nuevo”.

Escribir es una tarea titánica, una fusión de ansiedad y disciplina, y mientras estoy “perdido” en el nuevo libro (o, desde un tiempo a esta parte, en una nueva película), dejo todo estar.

No ordeno.

Siento que necesito dejar lo externo de lado.

Parece pose pero juro que no lo es.

Acumulo y acumulo libros que me llegan o me envían, robos de la editorial, y libros que compro, sobre todo en viajes (me da pudor ir a las librerías locales por miedo a creer que un librero crea que ingreso a ellas a ver como están los míos). A veces, cuando me dan ataques consumistas, encargo libros vía Amazon. Entonces aparecen en mi casilla unas cajas preciosas con más libros de los que puedo leer. ¿Por qué no encargo uno o dos en vez de ocho o diez? Quizás porque me autoengaño y decido que es mejor encargar de tan lejos varios, para así ahorrar en el correo-transporte-aduana. No tengo claro por qué hago esto. Amazon me gusta mucho. Es un vicio. En todo caso, quizás me atrae la idea de que los libros se transformen en algo así como cadáveres después de una batalla. Que los libros nuevos que he ido adquiriendo durante este proceso de escritura o filmación se acumulen de manera arbitraria y terminen como los restos que quedan después de que pase, por ejemplo, un huracán.

Mi departamento tiene algo post Katrina.

Me siento en Nueva Orleans.

Libros por todas partes, llenos de polvo por la puta construcción de al lado, que aún no encuentran su lugar en las estanterías. Yacen ahí, en mesas, arriba

“La pregunta más frecuente de nuestros amigos es: ¿sabéis cuántos kilos aguanta la estructura de la casa? Vienen con temor”

de un sofá, en el suelo, amontonados en la escalera, provocando un caos que casi parece diseñado por una directora de arte encargada de ambientar la casa-cliché de un autor excéntrico.

Ha llegado la hora de ordenar entonces. De cumplir el rito.

Mi nuevo libro —*Apuntes autistas*— ya llegó a mi casa, fresco y oliente y sonriendo. Pero estoy con poco tiempo. Tengo que escribir esto, además. Este encargo. Y estoy locacionando una nueva película. Y debo cerrar una postulación para el Festival de Berlín. Y hay una ola de calor que hace que la idea de estar ordenando y encontrar el sitio justo (ordeno en orden alfabético) se vuelva algo imposible. Sobrehumano.

Estoy esperando el día.

Cargándome de esa energía zen que deben tener aquellos que estudiaron bibliotecología. Deseo cumplir el rito pero quizás tengo unos días más: el libro no se presenta hasta dos semanas más. Quizás ese es el día que termine. Cuando, de verdad, exista un libro nuevo en la calle. Cuando sea público.

Eso es lo que tendré que hacer.

Lo que haré.

Tengo dos semanas para encontrar el momento —el día— para que, con música de fondo, me “ponga las pilas”, deje de hacer cualquier cosa menos ordenar,

cierre el círculo y cumpla el rito.

Lo necesito.

Estoy hastiado de tantos libros en el suelo.

¿Cómo es su biblioteca personal (dónde está, características, descripción, etc)?

La parte principal está en el living, pero también tengo otra pieza para no-ficción y cine, que se ha vuelto, de un tiempo a esta parte, mi favorita. Mi biblioteca es coherente: son todos estantes, de madera, sin vidrio, pintados de blanco. Son los mismos estantes que están en todas partes. También es importante —muy importante— mi dvdeoteca, pero eso es otro tema. Tengo un estante, aislado, que está dedicado solo a mis libros, ediciones, traducciones, etc. Es un estante un tanto narciso pero no sé... uno de los motivos por los que uno escribe es para tener libros de uno. Y nada, ese estante es como el lugar más importante. A veces lo veo y me cuesta creer que he escrito todo eso y que algunos han funcionado y hay distintas ediciones de un mismo libro. No es un altar a mi ego sino algo así como un museo de alguien que fue a la guerra y terminó encontrando un nuevo país.

Veamos: no se trata solo de querer ordenar y colocar cada libro en su lugar pre-

ciso. No. Se trata también de despejar, botar, donar y seleccionar. Una biblioteca tiene algo de agenda. ¿Es necesario tener el fono de tanta gente si nunca las llamas? ¿Es necesario tener tantos amigos? ¿Uno de verdad tiene tantos? ¿Uno quiere que los conocidos entren a tu casa o tu casa —tu biblioteca— no es acaso un lugar sólo para aquellos más cercanos?

Hace tiempo ya que capté que, uno, no voy a tener la mejor biblioteca del mundo, ni la más grande ni completa y, dos, que mi biblioteca debe parecerse a mí, no debe tener libros que nunca voy a leer o estar llena de libros “convenientes” para que parezca más culto o ilustrado de lo que soy.

Trato de no coleccionar por coleccionar. Si un libro que no he leído está ahí, acumulando polvo, trato de analizar por qué no lo he leído o si creo que lo leeré dentro de ese plazo borroso en que vuelva a ordenarla. Con ese método, mantengo todo a escala humana. Se quedan —para siempre— los libros que leí, que subrayé, que creo que puedo volver a leer o mirar, que me puedan servir para algo. También analizo lo que llamo “el factor autor”. De pronto, está ese libro solo, huacho, único, de un autor. A veces ese autor no tiene otro libro. O tiene otros pero son malos o no me interesaron o

francamente no me gustaron. ¿Vale la pena tener toda su obra entonces? No. Con ese título a solas basta. Insisto: esto no es coleccionar estampillas. En cambio hay otros de los cuáles deseo tener todos. Mi mejor colección es, creo, de Vargas Llosa y de Puig, pues tengo varios repetidos, en distintas ediciones.

Según sus cálculos, ¿cuántos libros suma en total?

Unos 1.800-2.000 a la vista, más lo que me pena-culpa donar/botar, que están en bodega.

¿Qué libros entonces deben estar y cuáles deben irse para la casa? Tus favoritos, claro, se quedan, pero estos favoritos van cambiando, mutando, con el tiempo. Como la gente. Uno ya no se junta con los amigos del colegio. Entonces qué haces. Es duro pero algunos deben partir. ¿Para qué quiero a Herman Hesse? En cambio, Salinger se queda, sí o sí, cero dudas. A veces echo de menos aquella basura con la que partí. Esos best sellers prestados que le sacaba a un tío mío que viajaba mucho. *Pocketbooks* en inglés de autores de aeropuerto. Yo partí leyendo muchos libros malos. Libros con impresionantes escenas de sexo que también servían para masturbarse. Las

novelas de Irving Wallace, de Sydney Sheldon, de Jeremy Archer, de Harold Robbins me las devoré. Me encantaría volver a leer —y tener— *Hombre rico, hombre pobre* de Irwin Shaw que, en su momento, provocó frenesí, gracias a la miniserie. Me encantaba leer las novelas que luego se hicieron películas: *Tiburón*, *La aventura del Poseidón*, los mamotreos históricos de James Michener. No tengo ninguno de esos libros y quizás empiece a comprarlos. Como recuerdos. Tal como he ido comprando las obras completas de autores que he leído a medias y que deseo leer más: Ellroy, Chandler, Leonard.

Lo complicado es el cadalso. Ese momento con libro en la mano cuando uno se pregunta: ¿Qué hace este libro acá? ¿Cómo llegó? ¿Por qué lo compré? ¿O me lo regalaron?

Nota: sé que es un impulso básico, acaso natural, pero cuando un autor le regala a otro autor un libro no se crea el mismo lazo que cuando un autor compra el libro de un autor. ¿Me explico? Reconozco que son pocos los libros que leo que me han sido regalados por sus propios autores. Otra cosa es recibir un libro de X como regalo de cumpleaños (el regalo de un civil, digamos).

Este proceso de selección es tan fascinante como intenso y requiere de agallas, brío y

decisión. Nada de pensarlo tanto. O sí o no. Queda o se va. Es un poco jugar a Dios. A decidir quién muere, quién se queda, con quién quieres quedarte, con quién te has unido y con quién te has ido alejando.

Se quedan, pase lo que pase, aquellos que están firmados. Aquellos a los que yo hice un esfuerzo para que me los firmaran.

Se quedan, también, aquellos libros que crees que volverás a leer. A releer, digamos. Y esos que sientes que te pueden ayudar el día de mañana, que piensas que hojearás. Y están esos que simplemente quieres que se queden. Porque los quieres, porque están subrayados en extremo, porque sí. La idea no es botarlo todo, es desmalezar y optar y mantener todo bajo control. Lo mismo las revistas.

Las revistas es un tema.

Las revistas envejecen mal.

Tema aún no resuelto. Qué se hace con algo como *The New Yorker*. En rigor, volveré a leerlos. No. Excepto quizás un artículo por ahí. ¿Cuál? Internet ha venido a ayudar, en ese sentido. Tener tanta revista acumulada y añejándose tiene algo de poco higiénico. Mejor sacarlas antes que sea demasiado tarde.

¿Hace cuánto empezó a armarla?

Supongo que, con algún grado de conciencia, en la universidad, en Periodismo. Supongo

“No sé cómo describir un olor. No basta con decir húmedo o profundo. Y mucho menos sé cómo describir lo que sentía cuando ojeaba y tocaba un libro”

que uno parte una biblioteca cuando empieza a comprar libros por elección propia. Ahí uno se da cuenta de que esos libros son tuyos. Que los compraste no porque tenías que leerlo para el colegio. Cuando te diste cuenta de que te gustaba colocarlos arriba de tu cama, en una repisa. Cuando te diste

cuenta de que quizás podrías prestarlos pero, más importante aún, esos libros que iban formando tu biblioteca era justamente para no prestarlos sino para conservarlos. Eran, en el fondo, recuerdos, recuerdos de unos viajes que hiciste por tu cuenta. Viajes que te importaron.